

Lo que sigue no es la charla del pasado sábado 29 de noviembre, sino una reconstrucción de algunos de los temas allí tratados por si a alguien le aprovecha. Hay cosas que se dijeron y no están; hay cosas que no se dijeron y ahora están, y hay cosas que salieron en la posterior puesta en común, fruto de vuestras aportaciones. Espero que al que leyere o escuchare si oyere leer, estas líneas le sirvan para recordar un momento de gracia ya vivido en los últimos estertores del pasado Año Litúrgico, o para conocer algo de lo que allí pasó (la vida no puede verterse toda en un papel) y animarse así a participar en el próximo encuentro, Dios mediante.

La iniciación cristiana es un proceso que viene sellado por la celebración de tres sacramentos: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. No encontramos ningún documento oficial de la Iglesia donde el orden de estos tres sacramentos de iniciación sea diferente al indicado. Algunos hombres de Iglesia pueden haber postulado otras cosas, pero la Iglesia como tal nunca habla de otro orden.

Volver a ordenar estos sacramentos, es decir, volver a administrar la Confirmación en torno a la edad de la discreción (como dice el Código de derecho Canónico) y, desde luego, siempre antes de la Eucaristía (sacramento culminante del proceso de iniciación), no es hacer nada nuevo, sino que es volver a transitar por un camino abandonado hace medio siglo, pero consolidado previamente por el paso de generaciones y generaciones de cristianos a lo largo de casi dos milenios. Habrá que desbrozar no poca maleza, pero el camino no hay que hacerlo: está sólidamente establecido.

Pero el simple cambio de orden de los sacramentos, no es la panacea que cicatrice la sangrante hemorragia causada por el actual proceso de secularismo y anticatolicismo que padece nuestra enferma sociedad occidental, y muy particularmente la sociedad española. Lo que realmente importa es recuperar la visión de conjunto sobre todo el proceso de iniciación cristiana como tal proceso, que a lo largo de unos ciclos catequéticos –coincidentes con años litúrgicos– hace cristiano a quien no lo es (si no está bautizado) o a quien comenzó a serlo (porque ya fue bautizado en la infancia) pero está en trance de alcanzar la plenitud de la condición que ya posee, lo lleva a alcanzarla.

Recuperar la iniciación cristiana como proceso integral e indivisible, conlleva volver al concepto de cristiano como vocación y como misterio.

Si preguntamos a gente de Iglesia -con un nivel incluso aceptable de práctica sacramental- por la vocación, la inmensa mayoría la relacionará con la vida consagrada; muy pocos con el Bautismo, y prácticamente nadie con el Matrimonio.

Pero nosotros no somos cristianos por una opción personal, sino por pura gracia de Dios. Lo afirma Jesucristo cuando dice *no me elegisteis vosotros, soy yo quien os he elegido*. ¿Cómo entender una opción personal por Jesús de Nazaret, humanamente fracasado? ¿Qué pensar de alguien que opta por seguir ese estilo de vida que no conduce a ninguna parte? Ya san Pedro como respuesta a uno de los anuncios de la pasión, intenta convencer a Jesús de que ese no es el camino.

Es esencial recuperar la conciencia de elegidos en los bautizados, empezando –claro está– por los que han de ser transmisores de los contenidos de la fe. Es ahí donde encontramos la fuerza para seguir cuando aparecen las dificultades, provenientes no pocas veces de los mismos padres, que apuntan a sus hijos a la catequesis y luego ni los llevan a misa los domingos ni los dejan que vayan. ¿Cómo afrontar tan incoherente actitud que desanima a cualquiera? En el rito de ordenación de un presbítero, el obispo concluye el diálogo sobre la dignidad del candidato con estas palabras: “Con el auxilio de Dios y de Jesucristo, nuestro Salvador, elegimos a este hermano nuestro para el Orden de los presbíteros”. Si uno tiene presente esta frase del ministro del sacramento, cuando aparece la dificultad seria en los años de ministerio, lo que te rescata de ella es la conciencia de elegido, porque te hace orientar tu problema hacia quien realmente puede resolverlo que es Dios, pues él te eligió. Por el contrario, si fuiste tú el elector, la dificultad te llevará a buscar las causas del presente desánimo, a ver cómo ratificas la opción hecha un día más o menos lejano... Consecuencia: cuanto más fuerte intentes pisar para salir de la ciénaga, más te hundirás. Del lodazal no se puede salir: hay que ser sacado.

Aceptar la condición cristiana como vocación de Dios es aceptarla como obra suya, lo cual nos introduce en el ámbito del misterio. Es Dios mismo quien hace un cristiano, y lo hace por medio de Jesucristo que es quien nos bautiza, nos confirma y nos alimenta consigo mismo.

Entonces ¿qué tiene que hacer un catequista? Poner al catequizando ante el misterio y ayudarlo a entrar en él siendo su compañero de camino. Para ello es fundamental desescolarizar la catequesis, porque la catequesis no conecta sólo con el conocimiento intelectual, sino con la vida entera de la persona considerada como unidad de cuerpo, alma y espíritu. Ya hace años el cardenal Ratzinger afirmaba que el fracaso de la catequesis moderna es dirigirse sólo al intelecto del hombre y no a su vida.

Problema: esto requiere una nueva mentalización de los catequistas, que llevan muchísimos años preparando para recibir un sacramento, y no para ser cristiano. Hemos abusado de la catequesis presacramental y hemos formado poco en la experiencia del misterio (catequesis mistagógica).

Si administramos la Confirmación a niños, hemos de tener en cuenta que esos niños reciben la plenitud del Espíritu Santo, que tienen sus siete dones y que precisamente por eso, el Espíritu es a partir de ese momento su primer y principal catequista, que los lleva a culminar su iniciación cristiana participando plenamente de la Eucaristía por medio de la comunión. Pero es menester creer con una fe auténticamente católica en la acción del Espíritu Santo que es la que hace eficaces a los sacramentos por sí mismos.

Además, ¿quién puede poner más obstáculos a la acción del Espíritu en su vida: un niño o un adolescente? ¡Sin duda alguna que el adolescente! Porque la infancia, aunque no tenga madurez intelectual, tiene mucha estabilidad emocional y afectiva, lo cual facilita el encuentro personal, es decir, el conocimiento en sentido bíblico, mientras que la adolescencia es un periodo de sentimientos encontrados y muchas veces contradictorios, que te hacen pasar del entusiasmo al desprecio -por alguien o por algo- en un santiamén. Y en el objeto de esos vaivenes procelosos, también entra la experiencia de la fe.

Pero volvamos al misterio.

Benedicto XVI ha dicho en más de una ocasión que a los niños que se preparan para comulgar por primera vez, hay que llevarlos a la exposición y adoración del Santísimo. Un servidor ha indicado esto a sus catequistas de infancia en numerosas ocasiones (pues todos los domingos por la tarde tenemos en nuestra Parroquia adoración eucarística y rezo de vísperas), obteniendo siempre como respuesta los mismos prejuicios: los niños no lo van a entender, se van a aburrir... Un día le pregunté a una de las catequistas por qué ella venía todas las tardes (por mal tiempo que hiciera) a este culto eucarístico, y me respondió sin dudarle un instante: ¡porque mi madre me llevaba de pequeña!

O sea, que la catequista en cuestión conocía el valor de estar en silencio ante la presencia eucarística del Señor, no porque había hecho un máster sobre el tema en la Universidad de Salamanca, sino porque su madre la llevaba de pequeña y la ponía ante el misterio. ¿Se aburría? Seguro que más de una vez. ¿Entendía? Por supuesto que no. Pero aquella experiencia de infancia, aquel estar ante el misterio ¡sigue teniendo efecto en ella casi medio siglo después!

¿Somos conscientes de lo que podemos estar privando a nuestros pequeños catequizandos? ¿Nos hemos dado cuenta de que el cristiano del siglo XXI o es un místico o no será un cristiano? Entonces, ¿por qué tantos recelos a facilitar a los niños su encuentro con el misterio de Dios? Bueno es traer aquí a la memoria el recuerdo de la catequesis de su infancia que nos ofreció don Jesús Catalá: llegar a la iglesia todos los niños de la catequesis, ser recibidos por el párroco y conducidos por él ante el sagrario (cantando “vamos niños al sagrario”) para saludar al Señor y orar brevemente, tener la catequesis con las catequistas en grupos separados y volver juntos al sagrario para despedirse del Señor.

Cuando el grupo de catequizandos entran hoy a nuestras iglesias, ¿no se parecen más a un grupo de pequeños salvajes sin evangelizar que a una familia de hijos de Dios que van a saludar a su Señor en el sagrario? Ciertamente que los padres no les han enseñado, porque la mayoría de ellos (para desgracia de sus hijos) son paganos bautizados. Pues en vez de lamentar-

nos por lo que los padres no han hecho ¡hagámoslo nosotros! Ahora bien, hagámoslo desde el ejemplo, para que aprendan a orar imitando nuestra actitud de oración, que uno está cansado de ver cómo mientras a los niños una catequista les dice que cierren los ojos y piensen en el Señor, justo detrás de ellos otras tres hablan (y no siempre en voz bajísima) organizando el qué van a dar y cómo lo van a hacer.

Por cierto y a propósito de la mención de los padres. Los catequistas han de considerar a los padres también como destinatarios de su acción catequética, pues aunque teóricamente los responsables de transmitir la fe son los padres y el catequista lo que hace es ayudar, en la práctica sabemos que es justo al revés; o peor aún, porque el catequista transmite la fe y los padres con su desidia o incluso con su beligerancia, dificultan esa transmisión.

Habrà que seguir convocándolos a reuniones a las que difícilmente acudirán (salvo que sean para poner la fecha de la comunión y así poder salir corriendo al restaurante), pero será más eficaz programar actividades que necesiten de la participación de los padres (verbigracia: alguna salida que requiera el uso de sus vehículos particulares, evitando los autobuses para no caer en la trampa de ser la guardería de sus hijos).

Vamos terminando.

Se cuenta del beato Juan XXIII que después de haber convocado el Concilio Vaticano II, casi todas las noches se desvelaba pensando lo que podía suponer su audaz decisión, hasta que una de esas noches de angustia se sentó en la cama y se preguntó a sí mismo en voz alta: “Vamos a ver, Juan ¿quién lleva la Iglesia?”. En voz alta se respondió: “¡El Espíritu Santo!”. Y desde entonces durmió plácidamente.

Hemos de aprender a confiar en el Espíritu Santo. Su presencia como guía y compañero en el camino de la catequesis, nos quitará todos los miedos, y nos hará dóciles a sus impulsos para saber así cómo obrar en cada momento.

Para eso contamos con la inestimable intercesión de los santos niños Justo y Pastor. Tenían la edad de nuestros catequizandos cuando dieron testimonio de su fe cristiana por el derramamiento de su sangre, al no amar tanto su vida que temieran la muerte.

Hemos de saber la importante baza que supone para nuestra catequesis la presencia de sus reliquias entre nosotros, así como la cercanía de lugares relacionados con su corta vida. Unas y otros han de ser potentes imanes que atraigan nuestra peregrinación de catequistas y niños, para palpar la encarnación del Evangelio en todo tiempo (que en eso consiste su actualización, y no en manipular su contenido al albur de las modas reinantes), para descubrir la fuerza de la elección de Dios y para disponernos, como los Santos Niños, a acoger el derroche de gracias divinas que nos llevará a disfrutar de un incalculable tesoro de gloria.

**Santos Justo y Pastor:
¡Rogad por nosotros!**

Páter Luis Miguel.

